

CAPITANES DE INGENIO

Vicente Francisco Torres*

1

Una de las manifestaciones más importantes de la novela regionalista y de la novela de la tierra fue la dedicada a la vida de los ingenios y a la problemática generada por la explotación de la caña de azúcar. Entre sus cultivadores encontramos a escritores como Jorge Amado y, muy especialmente, a José Lins do Rego Cavalcanti (1901-1957) y Enrique Laguerre (1906); Lins do Rego es brasileño y Laguerre, boricua.

Gilberto Freyre llamó a Lins do Rego el William Faulkner brasileño. Tal designación no es arbitraria ni accidental porque en la obra de este autor la tierra y el paisaje aparecen convocados de la manera más natural, apenas cediendo al influjo unas veces suave y otras violento del bochorno o de las crecientes; esa tierra está poblada de boyeros, bandidos, muleques, *capitanes* de ingenio, oscuros juglares y legendarias negras que fueron arrancadas de su patria antes de los diez años de edad y para quienes los lustros pasados en medio de la fertilidad carioca no han sido suficientes para hacerles olvidar sus antiguas lenguas o para hacerles aprender la verba que se estila en las tierras regadas por el Amazonas.

Dije arriba que a Lins do Rego se le ha comparado con William Faulkner; ello no sólo por la atmósfera de tragedia y el papel abrumador de los elementos de la

naturaleza que hay en su obra, sino por otro rasgo socialmente más definitorio: la presencia de los negros esclavos que, una vez libertos, no abandonaron las plantaciones y siguieron viviendo en la senzala, en la cálida promiscuidad que cobijaba la Casa Grande.

En *Niño de ingenio* (1932), novela que el autor escribió basado en su experiencia de vástago de señores rurales, no aparece el tema de la decadencia que señorea la mayor parte de su obra. Por el contrario, a los ojos del niño narrador, habitante de una ciudad que acaba de abandonar porque su padre demente asesinó a su madre, el ingenio Santa Rosa es un paraíso con árboles, arroyos, aves, flores y un sinfín de trabajadores que obedecen las órdenes de su abuelo, el terrateniente José Paulino, el *capitán*, un señor feudal que ama tanto sus árboles que, cuando necesita madera, manda a los carpinteros a comprarla lejos. Sin embargo, paradojas de Dios, este hombre que nunca rezaba mandó cortar de su bosque toda la madera que el cura necesitó para las obras de su parroquia.

En su deslumbramiento edénico, Carlos de Melo, el narrador, no advierte la vida miserable que transcurre en la senzala, barracón en donde los negros amasan sus cuerpos y engendran a sus hijos. Allí languidecen las negras centenarias; allí viven las nanas de antaño entre desechos alimenticios y olores caninos.

En este mundo semifeudal todo está permitido a los

*Departamento de Humanidades, UAM-A.

amos y ni siquiera se habla del derecho de pernada. Los blancos disponen de las jóvenes mulatas y negras y, cuando el *capitán* se entera de las criaturas que engendra su hijo, lo único que lamenta es que la educación no haya servido de nada [...] porque él hizo lo mismo.

Esta novela concluye cuando el niño venido de la ciudad ha consumado el aprendizaje que el ingenio le puede dar: el disfrute del río y los arroyos, los juegos en compañía de los muleques, la gloria de los caballos, el temprano enamoramiento y la enfermedad venérea, resultado de la promiscuidad, la osadía y lo visto en los corrales.

En *Doidinho* (1933), Carlos ya no se encuentra en el arcádico ingenio, sino se traslada al Instituto Nuestra Señora del Carmen, de Itabaiana, ciudad a la que irá a estudiar la enseñanza básica. Allí no sólo pierde la libertad que disfrutaba a campo abierto, sino es un alumno más, lejos de su rango de nieto de señor de ingenio. Conoce la soledad, los regaños y toma conciencia de su carácter de huérfano. Esta situación se acentúa cuando regresa al Santa Rosa para la fiesta de San Juan, la más importante de los ingenios, y descubre que su tía, la mujer que lo protegió cuando a los cuatro años de edad quedó solo, tiene una hija que es ahora la dueña del único afecto maternal que había conocido. Pero su estancia en el colegio le traerá cosas nuevas, como el conocimiento de la amistad y una muy importante, que le es revelada por los libros: si la vida del ingenio señoreado por su abuelo le parecía natural, la lectura le revelará que esa situación es desigual e injusta.

En *El viejo ingenio* (1934) Carlos regresa al mundo costero del nordeste en donde los portugueses instauraron el monocultivo de la caña de azúcar, traída desde Cabo Verde y las Islas de Madeira. Pero la visión que esta novela dará de ese mundo rural ya no va a ser la misma.

2

Si alguien se acerca a la obra narrativa de José Lins do Rego y conoce *Interpretación del Brasil*, el difundido ensayo de Gilberto Freyre, no tardará en establecer

paralelismos entre lo que historió Freyre y lo que José Lins do Rego entregó en forma novelada.

Si en *Niño de ingenio* se ensalza la capacidad de trabajo de los viejos señores y se enaltece el don de mando que tenían sobre las masas de esclavos y medieros, funcionarios del gobierno y aun sobre los cangaceiros o bandas de salteadores, Freyre sostendrá que el amor al trabajo, a la tierra y a los cultivos se debía a que las primeras generaciones descendientes de los colonizadores portugueses eran hijos de peninsulares agricultores que no se enojaban las manos ni desdeñaban el trabajo rústico. Freyre habla de ciclos económicos bien diferenciados como los del palo del Brasil, la caña de azúcar, el tabaco, el caucho y el oro y la plata, asociados a las diversas regiones del Brasil y Lins do Rego pinta minuciosamente el monocultivo de la caña de azúcar establecido en el nordeste, cerca de la costa.

En *Senzala y Casa grande*, otro libro célebre de Freyre, se historia el barracón en donde se hacinaban miserablemente los negros esclavos y la casa solariega en donde vivían los blancos, que sentaban a su mesa a los maestros carpinteros y albañiles porque no desdeñaban las labores manuales y, una vez abolida la esclavitud, más que considerarlos libertos los veían como una especie de parientes pobres.

En *Niño de ingenio*, Carlos, el narrador, un niño proveniente de la ciudad, pinta el valle del Paraíba señoreado por su abuelo como una especie de edén, libre y bello que por su pujanza económica y la relativa generosidad del anciano no permite que se destaquen en toda su crudeza las condiciones miserables en que se hallaban la senzala y las chozas de los arrendatarios.

Al final de su infancia, Carlos parte para Itabaiana y en *Banguê* (1934), es decir, en *El viejo ingenio*, tercera novela de José Lins do Rego, vuelve a las tierras de su abuelo José Paulino y todo lo ve con ojos distintos: los muebles son rústicos y en el baño se usa un balde pero, ante todo, caerá en la cuenta de vicios que su infancia no le había dejado ver y que él mismo practicará: los amos tomaban a las mujeres de sus trabajadores y a las muchachas mulatas que, cuando eran sustituidas por otras más jóvenes, caían en la prostitución que ejercían en los cruces de los caminos misma que, tarde o temprano, las llevaba a la enfermedad y casi siempre a

la muerte. Los estudios de abogacía y sus 24 años de edad le permiten apreciar los jornales miserables y las pobres dietas a que estaban sometidos los antiguos esclavos que no quisieron cargar con su libertad a costas para irse de los barracones en donde habían nacido.

Sin embargo, el tomar conciencia de la vida miserable que llevaban los trabajadores del *eito* no lo salva de su condición de hombre culto, inútil para el trabajo y la supervisión de los corrales y la molienda. Regresa al Santa Rosa con 24 años de edad y un título de abogado que ahí no sirve para nada. Se pasa el día tirado en la hamaca, o leyendo los diarios que le llevan puntualmente.

Como *Banguê* antes que testimonio es una novela, leeremos una atormentada y lírica historia de amor que ocupa la parte central de este libro cuya parte fundamental es el desenlace, mismo que nos conduce al título de la obra, pues designa los ingenios artesanales que, aunque basados en la mano de obra esclava, eran ejemplos vivos del trabajo en un sistema precapitalista, hecho que le daba el carácter idílico a la plantación. Los negros mal alimentados, enfermos y promiscuos vivían en armonía con los bosques, los ríos, los arroyos y los valles sembrados de algodón y caña de azúcar. Los chiqueros y los corrales hacían

autosuficientes a los rústicos ingenios, pues los proveían de leche, carne, hortalizas y aves.

La muerte del anciano José Paulino coincide con una serie de hechos que dan la nota histórica de la novela: el nieto con estudios era un ser para las ciudades; no podía amar el banguê como el abuelo, quien compraba a los judíos las hipotecas de ingenios quebrados por simple amor a la tierra. El viejo José Paulino nunca hizo un viaje porque pensaba que si los árboles no tomaban vacaciones él por qué iba a hacerlo.

Los nietos de los señores rurales fraccionaron las herencias, toleraron robos e incendios provocados; eran inútiles, haraganes y pusilánimes y oyeron sonar la hora final de sus heredades. Llegaron las fábricas con gigantesca y moderna tecnología; los cazos y los hornos atizados con leña nada podían contra las trituradoras, turbinas y cámaras de vacío. Los emporios azucareros acabarían con el orden semifeudal: nada de ganado, parcelas o casas de artesanía; todo el suelo, atravesado por las vías del tren, quedaría cubierto con caña de azúcar, misma que caería en las malas artes de la especulación y en manos de funcionarios venales. La industrialización de la caña de azúcar trajo el auge de los políticos y los corruptos que se enriquecerían con el trabajo ajeno y los torvos movimientos del capital.



Banguê es una novela y como tal introduce la historia del negro Marreira, ladino, achinado y traidor, que ante la sangre aguada de su nuevo patrón comienza a enriquecerse con mañas, traiciones, robos y también trabajo. Llega incluso a aliarse con la fábrica para despojar al nieto y hasta se hace dueño de un ingenio. Un lector de hoy podría decir que se trata de simple justicia poética, pero momentos dramáticos como éste y la caracterización neurótica del narrador son los que le confieren dignidad artística al libro y lo colocan un paso más allá del testimonio.

Como era de esperarse, el nieto narrador, agobiado por las deudas contraídas con la fábrica que había venido a ponerse junto, malbarata a su tío el conjunto de ingenios heredados y marcha a la ciudad, en donde había nacido, en la que había estudiado y en la que podría enriquecerse como funcionario o como periodista, actividades para las que estaba sobradamente dotado.

Si la industrialización ha sido sinónimo de civilización y modernidad, esta tercera novela de José Lins do Rego guarda una semejanza con *La tierra pródiga* (1960), del novelista mexicano Agustín Yáñez, porque en ella quedó consignada la manera en que la zona tórrida de Jalisco fue botín de empresarios y políticos cuando aún no estaba roturada.

El lugar común quiere establecer que *Fuego muerto* (1943) es la mejor novela de Lins do Rego pero yo pienso que simplemente es distinta; cuando mucho, es una de las más extensas, pero no la más interesante, la más propositiva o la mejor elaborada.

Si bien el núcleo de su obra literaria es el viejo ingenio, en novelas como *Piedra bonita* y *Cangaceiros* se ocupa ampliamente del bandolerismo y de la vida ruda en el sertón. Pues bien, aun considerando sólo su ciclo novelístico de la caña de azúcar —rubro que Lins do Rego rechazara años después de haberlo mencionado él mismo—, novelas como *Niño de ingenio* y *Banguê* son extremadamente eficaces por sus técnicas a base de episodios cortos y de cuadros de costumbres. Mientras el interés de esas novelas está puesto en la pintura del mundo esclavista y semifudal que se derrumba, en *Fuego muerto* el escenario no es el ingenio Santa Rosa, sino el Santa Fe. Sin embargo, reaparecen algunos personajes como Juca y el Coronel José Paulino, pero

ahora Lins do Rego trabaja honda y minuciosamente a otros seres como el Capitán Lula de Holanda, un señor que hereda en dote el Santa Fe pero tiene modos e inclinaciones de señorito de ciudad. No transita los campos ni sus propiedades si no es en su cabriolé todo velas y campanitas. Otros personajes son el talabartero José Amaro y el capitán Victorino, un loco que acaba convertido en un quijote que no conoce diferencias entre un señor de ingenio y un bandolero bienhechor porque ambos son calamidades para lo único que aprecia este noble venido a menos: el pueblo que, paradójicamente, lo zahiere a cada paso con el mote de *Papá Rabo*.

Si la diferencia entre *Fuego muerto* y sus anteriores novelas de ingenio radica en la construcción de personajes —ahí tenemos al talabartero José Amaro, apabullado por la miseria y la desdicha que invade su vida interior porque vive con una mujer que lo desprecia y padece una hija solterona que enloquece— hay un elemento importante que observar: *Fuego muerto* es un puente para el tratamiento intenso del bandolerismo y Antonio Silvino, su personaje emblemático, que va de *Piedra bonita* (1938) a *Cangaceiros* (1953).

3

Un año después de que el carioca José Lins do Rego publicara *Banguê*, el novelista puertorriqueño Enrique Laguerre daba a la stampa su célebre novela *La llamarada* (1935). Borinquen Bella, con la guerra de 1898, había sido arrebatada a España para caer en manos de sus “libertadores” norteamericanos. El pueblo puertorriqueño, escindido entre nacionalistas e integracionistas, se enfrentó también con el problema de la caña de azúcar, monocultivo que prohibía la producción de todas las demás cosas que hacían a la isla un bastión español pero autosuficiente. Ciertamente que había explotación pero, lo mismo que sucedió en Brasil, era una explotación preindustrial o semifudal que rajaba el tonel, pero no permitía que el vino se derramase.

Los rústicos ingenios y las antiguas haciendas, que estaban en manos de los descendientes de los penin-

sulares, comenzaron a ser empujados a la crisis o a la quiebra por el emporio de la American Sugar Comany que estaba empeñada en comprar las heredades o, en el peor de los casos, a rentarlas, que lo mismo daba, pues tarde o temprano terminaría por hacerse dueño de las tierras y de las miserables vidas de los jíbaros y hasta de sus antiguos patrones, que pasaron a ser una especie de caporales de sus propias haciendas. Claro que el gobierno, con la petición de impuestos, contribuyó a la destrucción del antiguo orden, menos cruel que el que somete a la misma miseria a blancos, negros y mestizos, porque la caña y el hombre estaban baratos, listos para atizar la llamarada del odio.

Pero mientras *Banguê* verá consumirse a sus viejos esclavos en la inanición, *La llamarada* entregará a los cañeros a la huelga y los mostrará traicionados por sus líderes que son, por supuesto, antiguas víctimas del amo norteamericano. Para que este señalamiento sea más evidente, Laguerre escribe que el líder llega en automóvil y se abre paso entre sus antiguos compañeros que van en burros y caballos, junto a las manadas de bueyes que producen un ruido sordo con el entrechocar de sus cornamentas.

Si Lins do Rego destacó la sensualidad de sus protagonistas y algunas triquiñuelas que ponían en juego para hacer más llevadera su miserable vida económica (como robos, trabajo mediero, cría de animales, tala clandestina, escapadas para trabajar en un ingenio cercano), Laguerre describirá con delectación los sufrimientos de los jíbaros, doblados bajo el sol, el rostro y las manos arañados por las hojas de los cultivos, los cuerpos cocidos con el sudor y la pelusa que desprende la caña, las manos mutiladas en los accidentes, las vejaciones que padecen los días de pago, los míseros salarios, la explotación que sufren del tendero y los golpes del látigo del capataz. No será la voz atildada del narrador la que muestre las diferencias del Puertorrico semifeudal y la Isla entregada a la producción para el consumo, sino los viejos jíbaros que sólo sirven para quitar las talanqueras o detener los caballos.

Los libros de Lins do Rego y Laguerre comparten tres rasgos: el señalamiento del deterioro del ambiente porque los bosques se talaron para sembrar sólo cañizales, la pusilanimidad de los narradores ante los ingentes problemas, y su amor por la naturaleza, hecho que les

permite apreciar que la pobreza de antaño era menos brutal, pero pobreza al fin. Incluso Juan Antonio Borrás, el narrador, el agrónomo graduado de *La llamarada* experimenta una especie de arrobamientos panteístas que nos hacen recordar hermosas páginas del Barón de Humboldt, quien se refiriera al sentimiento del paisaje como una resonancia de lo que hay en el interior del hombre, como una proyección de las emociones.

Ante este cuadro de la diabetes caribeña, ante esta rama de la novela de la tierra que se consideró como primitiva o salvaje cuando llegó la narrativa urbana que hoy languidece con su prosa ñoña y sus somníferos experimentos formales y lingüísticos, es bueno recordar esta vigorosa novelística basada en el dolor y en la miseria y que, sin embargo, ha servido para que los músicos celebren a esa mujer que los puritanos llaman esteatopigia para no mentar el caderamen y las contundencias glúteas que se han celebrado en piezas como “La molienda”, que canta Cheo Junco con la Gloria Matancera y dice:

Yo no tumbo caña,
que la tumbe el viento;
que la tumbe Lola
con su movimiento.

FUENTES DE CONSULTA

Freyre, Gilberto, *Interpretación del Brasil*, 2a. de., traducción de Teodoro Ortiz y Demetrio Aguilera Malta, México, Fondo de Cultura Económica (Popular), 1964.

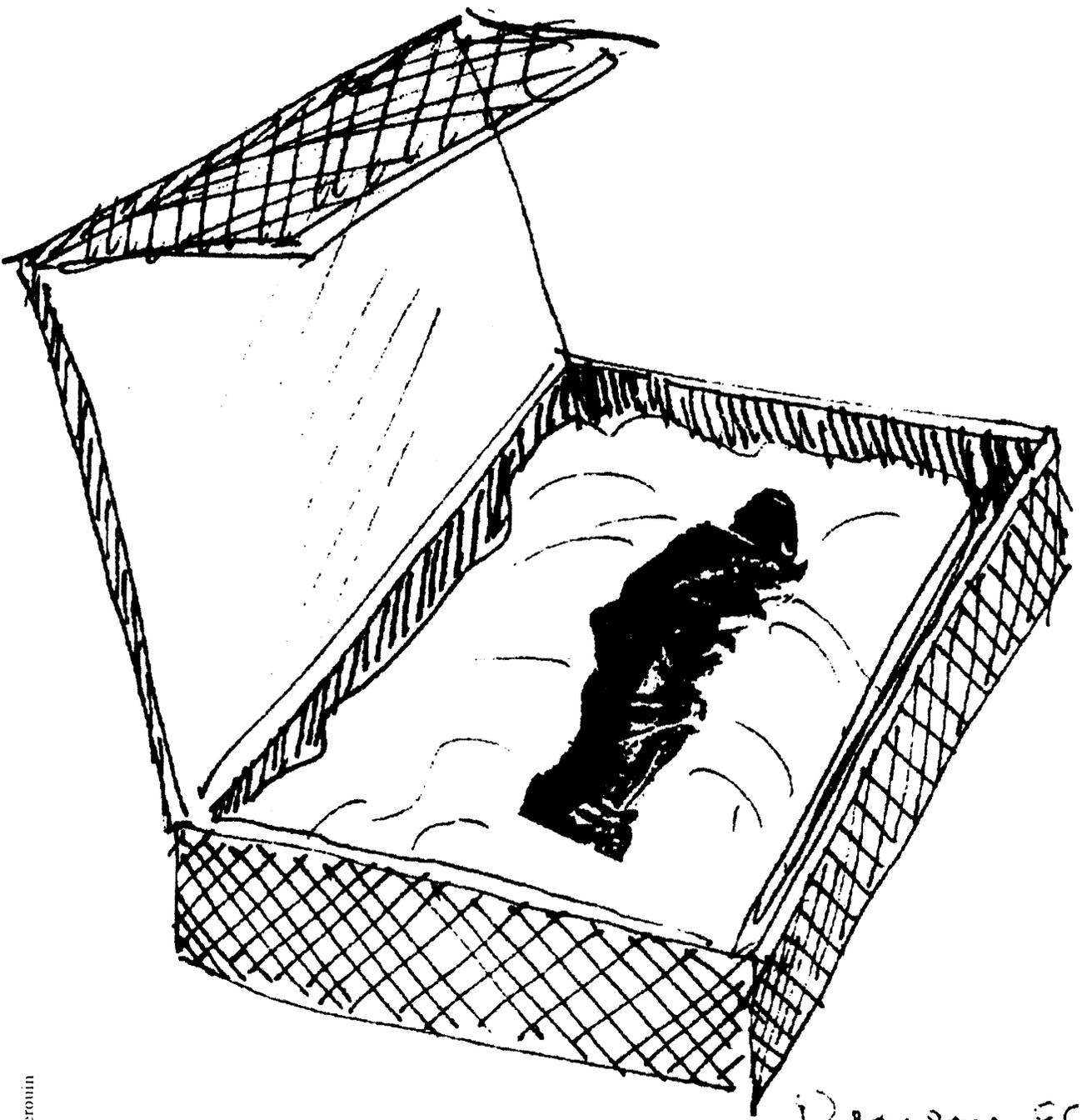
Laguerre, Enrique, *La llamarada*, San Juan de Puerto Rico, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1949.

Lins do Rego, José, *Niño de ingenio*, traducción de Raúl Navarro, Buenos Aires, Emecé Editores (El Navío), 1946.

————— *Banguê*, traducción de Raúl Navarro, Buenos Aires, Editorial Losada, 1945.

————— *Doidinho*, Río de Janeiro, Librería José Olympio Editora, 1979.

————— *Fuego Muerto*, traducción de Raúl Navarro, Buenos Aires, Santiago Rueda, Editor, 1946.



René Derouin

Ilustraciones tomadas del libro *Ressac. De migrations au largage*